LIBROTALLER

GANCHO, CANELA Y SANGRE

DE INTERRUPCIÓN VENIMOS A HABLAR

Fundación Editorial



el perro y la rana



El LibroTaller "Héctor Bello"es una metodología formativa implementada por la Fundación Editorial Escuela El perro y la rana (FEEPR) a comunidades que desean visibilizar, rescatar y valorizar los conocimientos que contribuyan a la construcción de su propia identidad y se apropien de la historia local, la memoria y el testimonio como elementos de la creación literaria del pueblo. La FEEPR sirve como puente en el proceso de realización del libro, cuyo contenido se enfocará en los saberes y experiencias populares expuestos mediante los diferentes géneros literarios: narrativa, crónica, poesía, relatos, entre otros.

LIBROTALLER

GANCHO, CANELA Y SANGRE

DE INTERRUPCIÓN VENIMOS A HABLAR

Fundación Editorial



el perro y la rana

ⓒ **Fundación Editorial Escuela El perro y la rana**
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio
Caracas - Venezuela / 1010
Teléfonos: 0212 7688300 / 7688399

LibroTaller “Héctor Bello” realizado
entre noviembre de 2017 a enero de 2018

Redes sociales
www.elperroylarana.gob.ve
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana
Twitter: @perroyranalibro

Ilustración de portada
La Caleña

Edición
Niyireé Baptista / Camilo Bello.
Pasantes editoriales: David Niño / María Aristimuño

Corrección
Camilo Bello / Niyireé Baptista

Diseño y diagramación
Arturo Mariño

Depósito legal: DC2018000501
ISBN: 978-980-14-4140-3

NOTA EDITORIAL

La presente obra fue construida a partir de testimonios anónimos de mujeres, sobre su experiencia respecto a la interrupción voluntaria del embarazo. Dichos testimonios fueron recogidos por el colectivo feminista Las Comadres púrpuras y la Coordinación de Formación de la Fundación Editorial Escuela El perro y la rana, durante los meses de noviembre a enero (2017-2018). Se utilizó la metodología de trabajo libro-taller "Hector Bello". De la misma manera, este texto es un aporte a la problemática del aborto en Venezuela. En marzo de 2015, el Presidente de la República Bolivariana de Venezuela, Nicolás Maduro llamó a la organización y debate sobre el aborto en nuestro país.

DECIDIERON NO CALLAR

El libro que tienes al frente, representa la lucha de las mujeres en todos los rincones del mundo por la legalización de la interrupción voluntaria del embarazo.

Miles de mujeres mueren por las políticas gubernamentales que no aseguran la posibilidad de una atención digna y gratuita frente a la demanda de las mujeres por decidir libre y abiertamente sobre su cuerpo. "Las mujeres no se embarazan para abortar" es la consigna que reta a una sociedad que sigue cimentada en apropiarse simbólicamente de la mujer, que no genera una estructura educativa sobre el ejercicio responsable, sano y libre de la sexualidad, avalado por un sistema machista que empuja a los hombres a ausentarse de su paternidad pues ellos al abandonar a las mujeres embarazadas son los primeros en abortar y nadie los juzga.

Aún permea una moral conservadora en nuestra sociedad, es por ello que como grupo, en conjunto con el entusiasmo, en consonancia con la defensa activa de una humanidad más libre, justa y laica; nos proponemos a elevar la voz de las muchas que pasan por un problema poco comentado. Desde el testimonio y el anonimato, varias mujeres relatan cómo fue su experiencia

en el proceso de interrumpir su embarazo en Venezuela. Estas voces deciden compartir su dolor, ausencia, frío, inexperiencia, vicisitudes, falta de información y acompañamiento frente a un tema y causa de lucha que empaña de sangre y desconocimiento a muchas comunidades. Desde el activismo crítico se exige la reformulación de los códigos penales que sentencian a la mujer que decide interrumpir su embarazo, a los hospitales que las re-victimizan al burlarse, culpabilizarlas y no atenderlas dignamente, a las escuelas que no asumen su tarea pedagógica de asegurar una sexualidad sin sesgos ni prejuicios, una religión hipócrita que abiertamente es pro-vida y no se responsabiliza luego de las descendencias culpabilizando a la madre y olvidándose de los hijxs y un Estado indolente que no corresponde con la necesidades de salud y vida de las mujeres.

Este libro es por todas,

por las ausentes

Un grano de maíz en un mundo por transformar

Gracias infinitas por leer a las mujeres que decidieron no callar.

Las Comadres Púrpuras

PRÓLOGO

Libertad, esa facultad para decidir cómo actuar ante situaciones que se nos presentan en la vida de acuerdo a nuestra conciencia y lo que consideramos el deber ser, se desdibuja completamente cuando del cuerpo de las mujeres y la reproducción se trata. Al hablar de embarazo, maternidad, placer sexual y, sobre todo, al hablar de aborto, la libertad de las mujeres se esfuma en un entramado de "deberes" que no son ya los propios, sino los de la pareja, la familia, las religiones, la humanidad y la cultura. Nuestros cuerpos de mujer al servicio de una colectividad y de un deber ser construido patriarcalmente, en el que no es posible decidir en contra de la norma.

El mandato es la maternidad, cueste lo que cueste para la madre, pero también para el niño o niña por nacer. Oponerse a este mandato se paga caro, se paga en el cuerpo y se paga en el alma. Decidir abortar -que en nuestro país no es decidir libremente puesto que la norma jurídica ni la sociedad lo permite- es una decisión dura, dolorosa; no es una salida fácil, es una decisión trascendental y transformadora.

Se critica y se cuestiona sin escrúpulos a las mujeres que han abortado, en nuestro país también se la penaliza; sin embargo, es importante saber que esto no ocurre así

en todas partes del mundo, en muchos países, incluso de nuestra región, la interrupción voluntaria del embarazo es un derecho y puede ser realizada en condiciones seguras y con el debido acompañamiento. Eso dista de ser realidad en la Venezuela actual.

Si tan sólo nos atreviéramos a escuchar, a observar, si nos atreviéramos a darnos el permiso de entender que la vida no transcurre como "debe ser" sino como "es" ¿Quién tiene las verdades últimas de la vida de las personas? perdón, no pregunté bien, ¿quién tiene las verdades últimas de las vidas de las mujeres? ¡Cuánto miedo le tenemos a la libertad que, como sociedad, terminamos colocándonos trabas para alcanzarla!

La invitación es a leer estos relatos desde el respeto y la humildad, para así poder apreciar cómo las creencias religiosas pasan a un segundo plano cuando la vida se nos pone chiquita al darnos cuenta de que no contamos con las herramientas para asumir otra vida; o para entender cómo hay quienes pueden y quieren acompañar a las mujeres en este trance doloroso; y quizás, hasta podamos sentir empatía por aquella que desde lo más sagrado de su ser logra despedirse amorosamente del pequeño embrión que apenas crece, segura de que se trata de una decisión acertada para ambos. Si tan sólo nos atreviéramos a perder el miedo a la libertad de las mujeres, otra Venezuela sería posible.

Hemos sido una sociedad hipócrita que prefiere cuestionar y juzgar ante que acercarse y escuchar. Una sociedad que apoya la libertad de unos por encima de la sujeción de otras, esa es la que hemos profesado. Sin

embargo, hay quienes creemos que es posible alcanzar una sociedad donde la libertad de las mujeres para decidir sobre sus cuerpos y su maternidad sea una realidad.

Las conmovedoras y valientes historias que tienen a continuación son lecciones de vida, transformación y empoderamiento femenino.

Magdymar León Torrealba

QUE LLUEVA

La Caleña (23 años)

Pensaba en ser madre joven, antes de los treinta, pero con cada año que pasa he pensado incluso en ser una mujer sin hijos. Tengo tantas ganas de conocer y hay tantas cosas que no he resuelto aún. Hay veces que apenas puedo lidiar con lo que me pasa, apenas puedo lidiar con el dolor. Estoy aprendiendo. Quiero el derecho a equivocarme y levantarme de nuevo. Estoy creando mi propia manera de existir.

Tenía una semana de retraso en mi periodo, estaba atenta y sabía que no podía dejar pasar más tiempo. Antes también había tenido retrasos en un par de ocasiones, pero por lo general soy muy exacta en mi periodo y había sido solo por el estrés. Pensaba que esta vez sería lo mismo y no estaba tan preocupada; sin embargo, debía descartar y fui directamente a hacerme un examen de sangre. Estaba con una amiga, conversando tranquilamente en la sala de espera, cuando nos dieron el resultado; las dos nos quedamos mirando como tres minutos, sin entender qué significaban los signos que aparecían en la hoja de papel, hasta que al fin entendimos que estaba embarazada. Sentía que la información no llegaba a mi

cerebro. Menos mal que tenía a mi amiga, ella me ayudó en todo.

Soy una estudiante que trabaja el tiempo que le queda disponible después de clases para comprar los costosos materiales para el estudio. Lo único que creía era que "Yo" debía resolverlo todo. Contaba con el apoyo de mi amiga, pero al fin y al cabo ese era mi problema, mi responsabilidad. Me di cuenta de que era imposible que lo lograra sola cuando supe el costo de cada pastilla y de que además necesitaba doce; el precio triplicaba el salario mínimo y yo de vaina y llegaba a uno. Así que no tuve más remedio que decirle a mi mamá, que me iba a regañar, pero al menos me iba a ayudar. Entendí que ser pobre y no querer ser madre es como una maldición, porque, aun con el dinero que logró recolectar mi mamá pidiendo a la familia, con el suyo y con el poco que yo tenía, no logramos completar la cantidad. Compramos la mitad de las pastillas, pero no funcionó.

Eso fue un golpe. Yo no podía tener un hijo. ¿En esas condiciones? ¡No! Como a la mayoría de los venezolanos, en mi casa de vaina y nos alcanzaba para comer, y con un bebé nos íbamos a morir los dos de hambre. Me desesperé. Con las náuseas, el hambre, el cansancio eterno, los pantalones que me apretaban y el nudo en la garganta, fui a contarle a mis amigas, y fue lo mejor que pude hacer. Fue con ellas que entendí que no era algo que yo debía hacer sola, que muchas de nosotras pasamos por lo mismo y que este no era un "problema", sino algo que sucede, y que realmente el único problema era no poder hacerlo de forma segura, por juzgar a la mujer

de asesina y dejarnos solas en momentos en los que más necesitamos ayuda, porque yo nunca quise quedar embarazada y nunca quise abortar, pero aquí estoy, y no creo equivocarme. Me quité el derecho a existir y ser valorada.

Después de eso, fui corriendo a contarle a mi amigo-amante, con el que no tenía una relación formal (llevábamos poco tiempo conociéndonos). Sabía que él no me juzgaría, pero aun así tenía miedo de que me juzgara, por eso no le había contado, no quería que me dijera: "Tú sabías que tenías que cuidarte". Conociéndolo, no lo haría, pero estaba aterrada de recibir esa decepción. Lo primero que hizo fue preguntarme si yo estaba bien y por qué no le había dicho antes; "Yo tenía que haber estado contigo", dijo. Solo con saber que contaba con él fue como quitarme diez kilos de encima, porque es cierto, él tenía que estar conmigo en todo momento, yo no me embaracé sola. Me sentí reconocida por él, sentí que era valorada y respetada; así es como debe ser. Sin embargo, me sorprendió.

Nos pusimos todos juntos en la tarea de conseguir la Cytotec para intentarlo de nuevo. Yo empecé a volverme loca buscando efectivo, porque sabía que solo aceptan efectivo, y es absurdamente imposible conseguir esa cantidad. Al final pude conseguir las pastillas gracias a una red de mujeres, a un precio accesible para cualquiera. No hacía más que pensar en lo absurdo del precio que había pagado anteriormente, en cómo el acto de hacer la compra fue lo más parecido al tráfico de drogas, a manos de hombres de aspecto intimidante, y en la abismal

diferencia con las mujeres organizadas que trabajan por las mujeres que pasamos por esto: cómo la relación es diferente, porque es abuso de poder y abuso económico aprovecharse de esta situación para lucrarse.

Después de mi corta experiencia estando embarazada, creo firmemente que obligar a una mujer a tener un hijo es el peor de los crímenes, una cruel forma de violar sistemáticamente y legalmente. La angustia constante, la sensación de que habían terminado mis sueños, de que si no lo lograba tendría que olvidarme completamente de mí y existir para otro durante algunos años... Sentía en ese mismo momento que mi cuerpo no me pertenecía, porque estaba concentrado en la producción de vida. Entendí que tener un hijo es un acto tan maravilloso como terrible de entrega y nobleza para el que yo no estaba preparada.

Sí me dolió, no solo físicamente, sino también emocionalmente; al final, ese pequeño "guisante" era algo mío, un conjunto de células que estaban creándose dentro de mí, y no podía hacer nada con él. Me dolió perderlo, pero sé que fue la mejor decisión. Se me mostró en todo ese proceso la cara de la injusticia legal, y la cara más clara de la solidaridad y la hermandad.

Esta fue una decisión únicamente mía, nadie más debe decidirlo. No pido que me entiendan, pido que nadie más lo juzgue y que no me condenen.

YO PARO

Cristal (30 años)

Hay relatos que una debe contar para seguir viviendo. La palabra dolorosa exorciza, libera. Para decir de una lo propio como si fuera ajeno, a veces es más fácil hablar del dolor en infinitivo, pero hay relatos que necesitan ser narrados en primera persona, no hay posibilidad de salir ilesa, hay que recordar, incluso, lo que las trampas de la memoria quisieron esconder, hay que pasar de nuevo por el corazón. Doler-se no es igual que doler, como narrar no es igual que narrar-se. Hablar de una y sus doler-se declina en inevitable ruptura, un abrir de puertas donde se corre el riesgo de terminar desecha o renacida, siempre re-creada por la palabra. Una se atreve cuando sabe que su relato no es único sino común, que cada una de las mujeres que conoce tiene doler-ses que, como pistilos dormidos, se sobresaltan en su signo vital, uno tras otros, en una cadena de reacción indetenible, cuando deciden nombrarse. A nosotras nos han matado siglos de silencio, y lo seguirán haciendo hasta que decidamos empezar a tumbar paredes, las que nos amurallan el corazón condenándonos a medias vidas, eternas sombras silentes, hormigas infatigables del anonimato. Así, con la urgencia de quien rompe el silencio genocida, me narro para abrir

puertas, y en ellas echarme a llorar, caminar, desnudarme, no hacer nada, hacerlo todo, abrazarme, perdonarme, recordar, salvarme, odiar, entender, culpar, amar. Recogeré los pedazos con la premisa de que segundas vidas son posibles.

La náusea me hizo saber que estaba embarazada de nuevo, así me hice parte de una estadística invisibilizada de víctimas que nos ha ido quebrando las piernas a golpe seco de carencia, imposibilidad y pérdida de todo derecho a la existencia, donde las mujeres pobres llegamos de últimas, gateando, arrastradas por la miseria y la humillación de hacer sobrevivir a nuestra prole. Los meses anteriores a los hechos de este relato había buscado en cada farmacia de la ciudad las pastillas anticonceptivas que tenía indicadas; terminé tomando las que conseguía y no las que debía, con la angustia de no conseguir más de una caja, sin reserva para el mes próximo. A mi alrededor había personas muriendo por no conseguir sus tratamientos médicos.

Ahí estaba la náusea de nuevo, y una corporeidad en aumento, un sueño narcótico que supera toda voluntad de permanecer de pie. Esa náusea como reclamo de un cuerpo que va cambiando cada segundo en una carrera metamórfica la conocía, porque años atrás, cuando tuve a mi hija, sentí desplomarme cada mañana durante tres meses, abrazada al retrete en ese ritual depurativo.

Luego vino la angustia, la pérdida de todo sentido, el llanto y la duda. Me odié y me sentí culpable, odié mi vida y su circunstancia, mis 27 años y sus desamores, las pasiones sobre cuerda floja, las encrucijadas, odié el vacío que se abrió sobre el suelo que pisaba, esa oscuridad

donde me sabía sola y responsable. Tenía miedo de abortar de nuevo, tenía miedo de tener otrx hijx sola, tenía miedo de tomar la decisión incorrecta, de arrepentirme. Tuve rabia, me sentí condenada, quise correr y hundirme en el silencio, pero me atormentaban los gritos que rasgaban mi cabeza para enloquecerme; en el afuera sólo tuve llanto. Dije las palabras justas que hacen puente en el entendimiento con el otro; sin embargo, me sabía sola. Esta vez había algo distinto, a pesar de que estaba casi en la misma situación de hace unos años, cuando tuve mi primer aborto, teniendo mi hija menos de dos años.

Me sabía sola, ontológicamente sola, pero capaz una vez más de arrimar mi vida al cuidado de otrx hijx en el marco de esa categoría de "madre soltera". Hay certezas que abruman y deseas no tener. Una sabe finalmente con cuántos brazos cuenta para hacer columpio, y por más que abracé a R. a mi angustia, y por más que, al salir del infierno, el único que estuvo para rescatarme fue él, no fue suficiente, no era la carne de mi llanto ni la comprensión de mi honda, definitiva tristeza. Una noche, segundo o tercer día de la certeza de estar embarazada, un amigo llegó a casa; al final de la conversa y antes de irse, nos dijo con alegría que su compañera tenía pocas semanas de preñez, como yo, y que habían decidido tenerlx; con una mueca a modo de sonrisa le felicité y pedí excusas para levantarme al baño. Recuerdo el frío de la pared chocando contra mi espalda convulsiva, era yo la mujer de los imposibles, la que no tenía derecho a tener "una familia". ¿Y eso era lo que quería? ¿Era lo que estaba buscando en ese momento de mi vida? ¿Era lo que mis contradicciones deseaban? ¿Merecía mi hija de 7 años eso?

¿Lo merecía yo? Pensé: "Lx tendré, y me iré de la ciudad a parir a un campo donde nadie me conozca; tendrá mi apellido y no conocerá nunca a su padre; me quedaré en esta casa criando a un(x) hijx en el desamor, en una relación cuyos desacuerdos no incluyen hijxs, ni paseos largos, ni compras de domingo; buscaré las pastillas, las tomaré como lo he hecho antes y esperaré a que esta vez el dolor físico sea soportable y a que el vacío emocional no me lance al suelo tan fuerte y me deje irreconocible. Abortar no es una decisión deportiva ni superficial, por más correcta que sea para la vida de una mujer; siempre marca un antes y un después, una conciencia del acto, un encuentro íntimo con el cuerpo propio, en su reafirmación de autonomía. Nadie dijo que esto no sería doloroso; cada una tiene la forma de trazar esa huella en su memoria.

Decidí abortar. Dos años después, sigo pensando que fue la mejor decisión, aunque escribir este relato me cueste tanto, aunque se me hagan agua los ojos cada vez que recuerdo ese momento, como un empujón a lo que se convirtió en una crisis emocional cuyo filo de muerte casi me corta, pero, como todo fondo, me hizo tierra para sobrevivir.

He sido intermediaria, compañía, puente para varias mujeres que han decidido interrumpir su embarazo. Las redes de solidaridad entre mujeres funcionaron sin problemas con ellas, y eso era algo que me daba seguridad para iniciar un proceso de interrupción en casa sin tanto miedo y con alguna experiencia; sin embargo, y como ironías que me han acompañado en mi hacer conciencia desde el feminismo, los micropoderes, las miserias

individuales y la ausencia de ética no están lejos de ser parte de esos entramados individualizados dentro de los movimientos feministas. Finalmente, los feminismos los componen personas, mujeres, que no extraterrestres, cargadas, unas más que otras, de carencias contradictorias con sus discursos. Este fue mi caso. Acudí a la red de aborto seguro, en primer momento a través de una amiga, porque no quería, conociendo de cerca y de lejos a las compañeras que hacen parte de la red, para que supieran mi situación, ya que algunas son cercanas también al padre de mi hija, un hombre abusivo que se dio a la tarea de agredirme durante casi diez años; y porque mi compañero de entonces era la expareja de una "feminista", y, sin embargo, una de las mujeres más patriarcales (código carcelario) y acosadoras que he tenido la mala suerte de tener de sombra. El día de la entrega de las pastillas tuve que ir directamente a encontrarme con la "compañera" encargada de la red, su trato lejano, transaccional y hasta antipático me hizo entender que ese "apoyo" que estaba recibiendo iba a tener consecuencias desagradables, porque, en ese momento, yo no era una mujer como otra cualquiera que necesitaba ayuda en un momento tan difícil, sino una puta que había tenido la osadía de quedar preñada del ex"marido" de una "feminista" tan ilustre, amiga, por supuesto, de esta chica que me entregó las pastillas. Y así fue, mi aborto se hizo chisme y luego acoso por parte de esta ilustre "feminista", quien también, en este momento, se hizo presente para acosar, humillar y ofender a mí, la puta. La sororidad no es un concepto *light* que proyecta mujeres interraciales tomadas de la mano, haciendo ronda bajo la luz de la

luna; pasa también por un proceso de conciencia que incluye tu lugar en el mundo, es decir, la clase, el poder, la ideología, los conceptos de equidad y justicia, la militancia; ser mujer no basta.

Decidí esta vez dejar un registro fotográfico de este proceso, desde la toma de las pastillas, los té de canela, la espera, el jugo de guayaba o tomate de árbol, los calmantes, el frío, el dolor, las horas sentadas en el inodoro, la angustia de no sangrar, la angustia de desangrarme... No quise hacer partícipe a casi nadie, solo me acompañaba el silencio de R., los mensaje de I., las historias de otras vidas, que consumí en películas, para no pensar en la mía propia. Pensé entonces que de algo serviría dejar un registro, una memoria gráfica, de ese trayecto hacia mí misma, al menos para decir: "Sí, yo lo hice, no me avergüenza, las mujeres hemos abortado por los siglos de los siglos, pero cuando tú, Estado patriarcal, lo volviste delito, pusiste en riesgo nuestras vidas y nos vendiste al mercado médico, nos señalaste una vez más con tu doble moral de amo y señor de nuestro útero". Para decir: "Soy una mala madre, una puta, una abortera, una promiscua, una atea, una bruja, una mal educada; lo soy. Ven a buscarme, ya no tengo miedo. No pariré soldados patriotas, ni amas de casa, ni esclavxs. Me juzgará la historia escrita por y para los hombres. Estoy dispuesta a escupir al suelo".

Al parecer no funcionó, la sangre no fue suficiente, no hubo expulsión total. Eso lo supe tres días después cuando, en la madrugada, me despertó la fiebre en casa de una amiga, y al día siguiente me hice un chequeo para verificar que, efectivamente, tenía o que volver a tomar

las pastillas o que hacerme un legrado, lo que implicaba acudir a un centro hospitalario, ya que en ese momento no tenía un seguro médico. El médico que me atendió no tenía cómo realizarme esa intervención en su consultorio; me recomendó acudir a una maternidad ubicada en Macuto, donde trabajaba una colega de él que podía atender mi caso. Sentí pánico; tendría que decir que había tenido un aborto espontáneo, porque decir que había sido voluntario podía convertirse en una condena de seis meses a dos años en prisión. Nunca me han gustado los hospitales, tengo un especial desprecio hacia lxs medicxs y las enfermeras. Iba a pasar por un procedimiento, según todas las fuentes que consulté, bastante sencillo, que no tardaría más de unos minutos y que me daría de alta de inmediato. Con esa convicción fuimos a la maternidad, buscamos a la "colega" y me ingresaron. No estaba preparada para eso; no me dejaron ingresar nada de mis pertenencias; me quedé incomunicada, desnuda y con miedo en una sala sucia, fría y hostil, esperando.

He perdido el avance cronológico de lo que ocurrió en esos dos o tres días que estuve en esa sala, solo sé que no puedo expresar claramente lo que sentí ahí. A partir de esa experiencia, entendí cómo funciona la tortura, cómo los seres humanos y el trato cruel pueden reducir a otro ser hasta volverlo un(x) autómata sin capacidad de reaccionar. Solo me vienen imágenes dispersas, todas impregnadas de humillación y rabia. Me veo desde el hoy y busco abrazarme; se me eriza la piel cuando recuerdo esas noches de un frío artificial que no se dejaba cubrir con mi traje clínico desechable, acostada sobre un charco

de mi propia sangre, y con contracciones provocadas por las pastillas de Cytotec que introdujeron por mi vagina. Perdí la cuenta de los "chequeos" que me hicieron, solo recuerdo el dolor que eso me provocaba, las manos frías y violentas abriéndome como un trozo de carne, las miradas despreciativas, los comentarios de rutina, los gritos de las mujeres que parían en la sala de al lado y eran insultadas por las enfermeras: "Cobardes"; "Pero sí les gusta estar tirando por ahí"; "No llores, sé fuerte. ¿Tú no querías un hijo, pues?". El llanto de la niña que entró el segundo día con un bebé de ocho meses de gestación muerto en su útero, y que lloró, lloró, lloró llamando a su madre. Nadie nos atendería en esa sala de curetaje, porque las aborteras merecemos pagar con dolor el descaro de no ser buenas mujeres. Ahí estuvimos acompañándonos en el frío, el hambre, la sed y el miedo. La "colega" no apareció nunca más. Pude salir porque una señora cuya guardia estaba empezando me vio llorar y me preguntó si quería algo. Le pedí que me regalara una llamada para que me fueran a buscar, porque así, desnuda y sin dinero, no podía ir a ninguna parte. Lo hizo: me prestó su teléfono y me dio un poco de su agua potable para que me lavara, pues en el hospital no había. Ella le insistió al médico de turno que me hiciera un chequeo para saber si aún era necesario hacer el legrado, ya que había perdido mucha sangre. Me llevaron a otra habitación; realmente, a un pasillo sin paredes y con un escritorio, donde una vez más tuve que abrirme. Me introdujeron un aparato y se percataron de que había expulsado casi todo. Me quitaron la vía de la mano. Podía irme. Volví a la sala fría

esperando escuchar mi nombre por la voz de la enfermera de la entrada de la sala de partos; lo escuché, me puse de pie, me trajeron un bolso con mi ropa, me cambié en otra habitación, salí.

Busqué a R. con la mirada; estaba sentado, esperándome. Lo abracé, y lloré todo lo que había retenido esos días. Le dije que me sacara de ahí rápido, que no quería estar ahí. Después de comer y tomar agua, le pedí que se detuviera en la playa, que necesitaba bajarme un momento. No sé qué impulso me hizo caminar hacia la orilla del mar, quitarme los zapatos y mojarme los dedos en esa agua tibia, solar, calma. Arriba, el cielo era intenso y azul. Miles, millones de piedras componían un mosaico bajo mis pies. Tomé una piedra y la dejé en la palma de mi mano. Me quedé viéndola, intentando encontrar alguna respuesta o una simple certeza de existir: la apreté fuerte y la metí en mi bolsillo. Lo que viene después fue el cumplimiento de mi premisa: segundas, infinitas vidas son posibles.

ÉRAMOS CUATRO

La amiga (27 años)

Siempre pensaba que había otra opción antes de llevar a una persona a que se realizara un aborto. Nunca me había topado de frente con esa realidad, hasta que un día, a las nueve de la mañana, me llamó mi mejor amigo diciéndome: "Carmen está embarazada y no lo queremos tener". Estaba caminando en Altamira y me entró una presión en el pecho y le dije: "Ok". La llamada duró menos de un minuto, todo fue cuestión de segundos. Cuelgo. Vuelvo a llamar a otra compañera: "Necesito que me consigas pastillas para abortar para este pana". "¿¡Qué!? Dale, está bien". En el transcurso del día ya teníamos las doce pastillas.

Me encontré con mi amiga, que me consiguió las pastillas al día siguiente. En la estación del Metro, por mi casa, mi amiga me dijo: "¿Cómo está ella?". Yo le dije que en ningún momento había hablado con ella, y que con quien estaba en contacto era con mi amigo. Mi amiga también había pasado por lo mismo: hace años, con su esposo, había salido embarazada, pero no quería tener un bebé en esos momentos. Ambos tomaron la decisión de no tenerlo, y se realizó un aborto. Ella sabía por todo

lo que se pasaba, por eso su apoyo y ayuda ante todo lo que pasaban mi amigo y su pareja se convertía en un acto de solidaridad y sororidad. Sin yo pedírsela, ofreció su casa todo el fin de semana para que allí pudieran practicarle el aborto a la novia de mi amigo, ya que ese proceso dura aproximadamente tres días y es importante estar en un lugar seguro y tranquilo. Ya no solo era una persona la que estaba abortando, éramos cuatro: mi amigo, su novia, mi amiga y yo.

En Argentina, un colectivo feminista realizó un manual para el uso del misoprostol, sumamente útil y bien hecho, donde explican cómo se debe emplear, a cuántas semanas, con recomendaciones, síntomas y qué se debe hacer y qué no; es una guía perfecta ante tanto vacío informativo. Mi amigo y yo nos leímos todo ese manual pa'lante y pa'trás; él, con sus nervios, lo leyó como quince veces.

La casa de mi amiga era perfecta, porque una de las recomendaciones que daban las argentinas era que el lugar que se elija para realizar el aborto debe estar cerca de un centro de salud, con fácil acceso y condiciones sanitarias óptimas. También hay que tener acetaminofén y uno que otro medicamento, por si se presenta algún malestar durante el proceso.

Llegó el fin de semana. Ellos estaban muy seguros, y se fueron a casa de mi amiga. Yo llegué un poco más tarde, con una sopa y frutas para ella; era importante que estuviera bien alimentada y que no se sintiera sola en eso. Cuando llegué, ya había comenzado el proceso. Yo les había comentado que era importante que, antes de

comenzar el proceso, hicieran un acto de despedida: que le explicaran por qué no iba a poder nacer; que la decisión que tomaban no era porque no lo amaban, sino al contrario, porque no era el momento de que él pudiera venir al mundo; que con mucho amor se despedían de él, agradeciéndole por haberlos elegido, y que con amor lo dejaban partir.

Así comenzó un proceso lleno de mucho miedo y seguridad de que lo que ella estaba haciendo era la mejor decisión. No era un proceso de solo una persona o de solo dos personas, era un proceso que se había convertido en un acto colectivo. Yo tenía tristeza, nervios, angustia por lo que pudiese pasar, porque lo que hacíamos era un acto ilegal y un proceso emocional muy fuerte, pero me parecía que tener un hijo o hija en contra de la voluntad emocional y económica era un acto de mucho más peso ilegal, no solo ante la sociedad, sino ante la vida.

ELLA ERA SOFÍA

Yiyi (28 años)

Vengo de donde muchas mujeres no quieren venir.
Vengo sobreviviendo sin recuerdos de su olor
Vengo tratando de ser sin esencia de la existencia

He realizado muchos acompañamientos. He estado allí. Siempre atenta, garantizando cualquier pañuelo y hombro en los momentos que se necesite. No es fácil ceder la estabilidad emocional frente a tanto dolor. Una de las cosas que más cuestan cuando acompañas un aborto, es ver el miedo en cada cara. Es ver en ese rostro el anhelo de tener una máquina del tiempo para retrocederlo; en un rostro inexplicable que muestra la ausencia de muchas cosas y una de esas cosas es la compañía. A pesar de que una está allí, ese rostro aspira tener algo más a su lado, jamás sabré qué es y me da miedo preguntar.

El acompañamiento que más me ha marcado, empezó con una llamada en la madrugada, la llamada era de Sofía. Ella es una amiga que siempre le he tenido mucho cariño, hasta que hablamos de política, allí están todas las contradicciones materializadas de nuestra amistad. Sofía participa todo los santos viernes en una tribu urbana tocando de puerta a puerta proclamando la palabra del señor Jesucristo. Ella tiene temple, constancia y sobretodo perseverancia en dedicarle su día de descanso a lo que cree. Sin embargo Sofía y yo siempre discutimos, estamos en contra cuando tocamos un tema muy particular como lo

es la interrupción del embarazo. No tenemos consenso alguno, principalmente porque ella está en contra y yo a favor.

Era muy incómodo cuando discutíamos, porque sabía que no hablaría con ella luego de unas cuantas semanas. Toda la carga religiosa del embarazo era un punto álgido en el debate. "Sí Dios lo quiso así hay que asumirlo", "Es un regalo de Dios", "El bebé no tiene la culpa de las marramuncias de su mamá", "Eso es un homicidio", eran algunos de los argumentos que acompañaban la defensa de Sofía frente al tema. Lo que yo no comprendía era su capacidad de hablar con esa postura desde la abundancia y agasajosa que era su vida, siempre en los mejores colegios de Caracas. Clases particulares de piano, idas ocasionales a Margarita para conmemorar la vida y así sucesivamente, su felicidad y creencias se imponen a donde va. En cambio yo era la amiga coleada en el carro del papá que la mamá invita para que su hija no se sienta sola. En esa red caí muchas veces y comí camarón al ajillo más de una vez frente al mar. Disfrutamos mucho de nuestra amistad, con dedito de meñique juntos y todo prometimos ser amigas por siempre. Tanto así que hasta el sol de hoy ella en Panamá y yo en Venezuela conservamos nuestra amistad. A pesar de que Sofía es muy cuchi, con su postura tan antiquísima e inquisidora siempre me decía: loca, desubicada, que no sabe sé de qué hablo, la asesina y lo más fuerte, la feminista.

Teníamos ya unos 23 años cuando conversábamos sobre este tema. Desde esa edad estuve muy cercana a casos y acompañamientos de mujeres que toman la

soberana decisión de interrumpir el embarazo. Algunas jóvenes asustadas acompañadas de su mamá, otras con sus parejas y otras desde el miedo de perder gran parte de su vida en trabajar afanosamente en sostener unas 3 o 4 bocas más. No era fácil el acompañamiento, una se involucra mucho afectivamente con la compañera que está en proceso; desde compresas en la cabezas, sobar los pies, darle gelatina, preparar la comida para los que acompañan el momento, sin darse cuenta terminas viendo películas a las 10pm en casa de la compañera. Es parte del ciclo, involucrarse y sobretodo acompañar a cerrar un ciclo muy duro de ser juzgada por la sociedad.

Retomando la llamada de Sofía, jamás olvidaré la crudeza de su voz, con tal firmeza me dice "tenemos que hablar", pues inmediatamente pensé "Estamos hablando Sofía". Fui a primera hora a su casa, nos encerramos en su cuarto y con todo el temor del mundo en ese momento, me confiesa que está embarazada. Lo reconfirmo con la prueba de sangre. Ella misma me dijo que deseaba abortar, que a pesar de que la iglesia lo condenaba, no deseaba una carga tan delicada en estos momentos. Me confesó también que el chico responsable era un compañero de la iglesia a donde ella asiste religiosamente. Que irónico, el chico se llamaba Jesús. Cuando Sofía le contó a Jesús que luego de la noche que estuvieron juntos en su casa dio como resultando su estado de gravidez, Jesús simplemente lo rechazó y le dijo que eso pasó por que ella no se cuidó y que ella sabía perfectamente que él no usa preservativo cuando tiene relaciones. Prácticamente

la dejó sola y con insinuaciones de que ella era una "regalada".

Mi amiga Sofía, esa joven con moño en la cabeza que ocasionalmente usa chal, le había dicho regalada y peor aún el irresponsable de Jesús no tuvo más nada que decirle más que ese bebé no era suyo. Sofía sé que en el fondo no tenía ni la más mínima ganas de tener un bebé a su corta adolescencia. Así que sencillamente la acompañé a hacerse varios exámenes. La diferencia es que ella podía pagar una clínica y realizarse una succión bajo cuerdas, el pequeño detalle es que el seguro pertenece a su padre, así que en este momento no era tan sencillo. Obtuve las pastillas, con sus tres semanas de gestación iniciamos el proceso. Ese día recuerdo que compre aceite de almendras, gelatinas compota. Nos internamos en su cuarto. Puse unas velas y vimos unas películas mientras hacia la ingesta de las pastillas. Su dolor era más pequeño que la vergüenza que sentía al verme la cara. No tocó el tema de Dios en ningún momento, simplemente nos postramos a ver clásicos de acción y secarnos juntas las lágrimas. No existe momento en mi vida más conmovedor que aquel en que me vi limpiando los restos que dejó en la cama, sutilmente triste por la carga que tenía encima mi amiga e irónicamente dulce porque estaba allí acompañando a mi mejor amiga en la decisión más difícil que a su edad le toco asumir: ir en contra de todo lo que cree por decidir en su cuerpo.

LA SOCIEDAD TE EMPUJA A PARIR

Marianela. (39 años)

Tenía 29 años, un hijo de 3 años, y estaba separada de su padre, quien, además, también se había separado de su hijo. Estudiaba de noche los últimos años de la carrera de Psicología, y trabajaba todo el día. Mi hijo se quedaba en un maternal todo el día, y luego con una señora cerca de la universidad, desde las 5:00 hasta las 9:00 p.m. Era duro trabajar, estudiar, criar y vivir lejos.

Había conocido a un chico, un gran amor. Estábamos iniciando la relación, teníamos tres meses y, aunque la pasión y el amor eran intensos, no estábamos preparados para ser padre y madre; en realidad no queríamos serlo. Ya yo era madre y no tenía planificado tener otrx hijx.

En un momento de pasión, fallamos en el método anticonceptivo. Al no venirme la menstruación, empecé a sudar frío. Aunque yo no soy muy regular, sabía que algo pasaba, pues mis senos se habían hinchado de más. Eso era una alarma, pues ya había estado embarazada y sabía que eso era una señal.

Fui a hacerme el examen de sangre, y el resultado fue positivo. Allí caí de rodillas, en llanto y desesperación: "¡No quiero tener otrx hijx!", pensé. "¡Mi hijo es muy

pequeño aún. Además, estoy estudiando y trabajando, y nada me garantiza que mi pareja quiera hacerse cargo!". "¡No quiero tener otrx hijx sola!", exclamé.

Realmente me sentí devastada y llamé a mi novio, quien para el momento estaba trabajando en Maracaibo. Hablé con él y me preguntó qué quería hacer. Le respondí, con toda la seguridad del mundo, que no quería tenerlo. Le dije que hablaría con mi ginecobstetra y que le avisaría. Y así fue.

Hablé con el médico y me dijo que él no hacía esas cosas, pero que me daba unas pastillas (Cytotec) para introducirlas por la vagina, y que luego le hablara para hacerme un curetaje, o que me fuera a un hospital. "¿Hospital?", pensé. "¡Si en los hospitales maltratan a las mujeres que deciden no tener más hijos!". Él me contestó que no podía ayudarme.

Me fui para mi casa (en realidad, la de mi madre), y allí me introduje tres o cuatro pastillas. Después de una muy larga espera, no sucedió absolutamente nada.

Desesperada, llamé a mi novio para contarle, y en su propia desesperación le contó a uno de los amigos con quien trabajaba. Este le dio un número telefónico de un ginecobstetra que atendía en una clínica. Llamé a la clínica y pedí una cita, que me la dieron a los cuatro días. Con ansias esperé ese día, hasta que finalmente llegó.

Acudí a la cita, me examinaron, y me dijeron que volviera al día siguiente y que llevara a alguien, pues iban a sedarme. Al día siguiente fui con una amiga.

Entré a una habitación, realmente en buenas condiciones de salubridad. Allí me acostaron y me durmieron. Solo me di cuenta de cuándo entró el doctor. Después

sentí un golpecito en la cara, que me despertó. Era la enfermera. Me dijo que ya había pasado todo. Fue muy rápido. No entendía nada. Solo un dolor muy profundo en el vientre y una sensación de estar muy drogada.

Salí de la habitación muy mareada. Mi amiga me estaba esperando. Para ese momento (hace 10 años) costaba un millón de bolívares, un dineral que yo no tenía pero que mi novio logró conseguir.

Le escribí una carta, explicándole que no era el momento de nacer, que me perdonara pero que no era el momento, pues las condiciones psicológicas, económicas y profesionales no estaban dadas para tener otra criatura que dependiera de mí, pues quería terminar mi carrera universitaria, tenía otros planes.

A la semana, fui a mi anterior ginecobstetra para que revisara si no me habían quedado restos y si no tenía alguna infección. La técnica que aplicaron fue la de aspiración, y me colocaron anestesia general. El doctor me dijo que estuve en un alto riesgo de quedarme en la cama, que esa anestesia podía dejarme sin vida. Pude morir. En seguida me puse a llorar de solo pensar que podía dejar de existir y dejar a mi bebé de 3 años sin su madre.

No entiendo por qué la sociedad insiste en que seas madre aun sin quererlo, por un error de cuentas o por la ruptura de un condón. Tener una vida en tus manos no es cualquier cosa, creo que es para pensarlo detenidamente y decidir si quieres tenerlo o no, pues cuando lo tienes estás muy sola. La sociedad te empuja a parir, te obliga a ser madre y luego te deja sola.

Hoy mi hijo tiene 13 años. Mi único hijo. Y sé que fue una de las mejores decisiones que he tomado en mi vida.

ESO FUE A MIS 25 AÑOS

Katy

Mi primer y único aborto ocurrió en el 2008, para aquel entonces era una estudiante con muchos sueños andando. Sólo puedo decirles que me siento feliz y plena porque fue una decisión de vida.

En aquel tiempo era estudiante de Artes y estaba ya en el último año de estudios, preparando la tesis y sumergida en la locura existencial del proceso de creación de la instalación que buscaba llevar a cabo. Todo en mi cabeza estaba planificado: qué debía hacer, cómo y cuándo, y solucionar las eventualidades del proceso. Digamos que desde pequeña siempre estuve muy clara sobre ciertos caminos que quería trazar en la vida, qué me interesaba y en qué definitivamente no perdería ni energías ni tiempo para el disfrute de mi vida y juventud; entre esas cosas, salir preñada a temprana edad siempre significó el FRACASO, así, en mayúsculas.

No quería y nunca quise repetir la historia de mi madre, quien, como muchas mujeres en Venezuela, es madre soltera. A ella la embarazó la falta de educación sexual, el desconocimiento de la aplicación de métodos anticonceptivos, la imposición social que alimenta a la cultura de la censura por tratar sobre los temas de la relaciones

sexuales en mujeres, y más en adolescentes; que diluye la comunicación horizontal y necesaria entre madre e hija, porque, si se conversaran los temas, no existiría el aprovechamiento, oportunismo y machismo de los hombres mayores, como en el caso de mi padre, que con 25 años de edad ya tenía una experiencia kilométrica para seducir y cogerse a cuanta carajita encontrara en el camino (por aquello de esa cultura pederasta entre los hombres, que buscan mujeres jóvenes porque evidentemente son más dóciles, inexpertas y, por lo tanto, son más fáciles de vulnerar). Así fue cómo a los 17 años, en Valera, estado Trujillo, mi madre me parió, y, con ese alumbramiento, las mil y una peripecias para sobrevivir.

Porque ella, como muchas madres solteras, quedó sin el apoyo de la familia (por aquello de la "deshonra" que se destila mucho en los pueblos andinos) y sin mi padre (hijo del machismo irresponsable), que le dijo, para intentar zafarse del embarazo y, claro, de la crianza, las típicas frases del patriarcado: "Esa hija no es mía", "Si tú eres una puta, de seguro es de alguien más y me la quieres achacar a mí", y así, todas las comunes excusas que ya todas hemos escuchado. Para no hacerles el cuento largo, eso que le ocurrió a mi madre fue, en su momento, una terrible desgracia, porque lamentablemente se encontró sola en ese camino de verse y sentirse embarazada, sin entender cómo había pasado, porque se supone que su novio (mi padre) le había dicho que no le pasaría nada a su lado. Ahora le tocaba una triste realidad de sopetón y sin anestesia: asumir un embarazo no deseado y con toda

la violencia verbal, psicológica y corporal (porque el cuerpo también padece) que le infligieron en el proceso.

Ella no pudo tomar la decisión de abortar, por tres razones, y yo creo que hasta encontraría más. Una: por desconocimiento de cómo abortar. Dos: para abortar necesitas dinero, y mucho, y, obvio, ella no tenía ni siquiera para comer tres veces al día, porque le tocaba vivir en un cuartico en un barrio, que apenas le alcanzaba para pagarlo, y haciendo las miles de tareas para poder sobrevivir. Tres: por temor al qué dirán si abortas (porque nos enseñaron a pensar que abortar es asesinar); y sabía que había otra razón: te expones a la muerte, porque el aborto, cuando eres pobre, te expone a cualquier peligro inminente, ya sea con la famosa pastilla que venden para abortar o en cualquier cuchitril clínico, donde un equipo "ginecológico", si así se le puede llamar a esas personas, juega a la lotería contigo, cual bingo de los domingos; algunas ganan y siguen vivas, mientras otras, ya lo saben, no viven para echar el cuento.

Yo, al contrario de mi madre, tuve la oportunidad de abortar y decidir sobre mi cuerpo y lo que quería, sin arrepentimientos, sin culpas *a posteriori*, sin cuestionarme siquiera si lo que iba a hacer estaba mal o si hacerlo traería consecuencias. Incluso, estaba segura de que no moriría en el intento. Nunca dudé de la decisión que tomé. Recuerdo que para aquel entonces mi "peor es nada" —ya que solo nos cogimos un par de veces, y entre esas el puto condón se rompió— y, a pesar de tomarme la pastilla del "día después de", la funesta historia me golpeó como a veleta de barco. Estábamos literalmente embarazados. Y yo me enteré a través de él,

porque me comencé a sentir mal un día, justo alrededor de cumplir el mes de estar junto a "fulanito"; comenzaron unas punzadas en el vientre y náuseas por el dulce, cosa rara en mí, porque amo el dulce. Ese día él me comentó: "Yo, últimamente, no me siento bien. Estoy padeciendo de síntomas como náuseas, vómitos y mareos". Por intuición, él estaba más embarazado que yo. Nos miramos a la cara, contamos días, y nos percatamos de que mi menstruación no había llegado, que esos dolores punzantes y que pensaba que eran normales no eran porque mi marea roja vendría, sino porque probablemente estábamos encinta. Así comenzó nuestra cuenta regresiva, y también el final de nuestra historia juntos.

A la mañana siguiente fuimos sin dudarlo a un laboratorio, hicimos el pertinente examen de sangre, y nos dijeron: "Pasen a las dos de la tarde", y, como un clavel, a esa hora llegamos. Esperamos como diez minutos más para que nos entregaran los resultados, que corroboraron al cien por ciento nuestros síntomas: estábamos preñadísimos. Mi expresión fue de: "Ya murieron mis expectativas. No quiero y me niego a ser mamá a mis 25 años. Mis planes, mi tesis, mis proyectos...". Le dije: "No quiero este tipo de compromisos. Además, ni siquiera podemos decir que tú y yo tenemos una relación real, solo somos amigos que se cogen y punto. Amarrarnos por otra persona... Me veo ya amargada y obstinada" (recordé muchas frustraciones de mi madre durante mi crianza).

Ese día —y se lo agradezco profundamente a "fulanito"— me preguntó sobre qué haríamos, qué decisión tomaría yo y él asumiría sin dudarlo. Me dijo que me acompañaría en todo. Confieso que "fulanito" no me

amaba, pero es de esos hombres que asumen las consecuencias de sus actos. En ese momento valoré mucho su apoyo. Le dije firmemente que quería abortar, pero que no contaba con el dinero. Él dijo: "Descansa hoy, y mañana o pasado te hago la pregunta nuevamente: si quieres tomar esa decisión. Mientras, buscaré el dinero y averiguaré dónde lo podemos hacer". Ese día tomé una decisión que no cambió al otro día ni en los días sucesivos, y le confirmé mi decisión en cada momento. Él se encargó de todos los gastos y citas necesarias para realizar el aborto.

Fuimos a un ginecólogo de confianza de "fulanito", que también realizaba abortos "seguros". Me hicieron el eco, para ver el estatus del embrión y verificar que estaba en el tiempo de extracción segura, y, efectivamente, estaba en el periodo clínico para hacerlo. Nos preguntó si estábamos seguros de hacerlo y ratifiqué mi "Sí".

Planificamos el día y la hora para que no interfirieran con nuestras clases y obligaciones. Recuerdo que escogimos un viernes. Ese día, "fulanito" le pidió a su primo que nos acompañara; por casualidades de la vida, yo lo conocía. Llegué al lugar acompañada del primo, pues "fulanito" llegaría un poquito más tarde (él nunca llegó). Recuerdo que ese ambulatorio privado quedaba por la avenida Baralt. El lugar era bastante decadente e insalubre; no sabría ni cómo llamarlo. Ahí, en el tercer piso, me esperaba el ginecólogo que una semana antes había hecho su experticia en una clínica más decente. Y bueno, ahí, en un cuarto ginecológico, se llevó a cabo el proceso, mientras el primo de "fulanito" me esperaba. Me desvestí, me coloqué la bata, me monté en la cama y abrí bien las

piernas, apoyándolas a cada lado. Colocaron el espéculo. Sentí varias punzadas, piquetes, algunos dolores, y así acabó la existencia de aquel embrión.

El ginecólogo me dijo: “Todo salió excelente. Nos veremos dentro de una semana para realizarte un eco”. Me recomendó reposo y tomar unas pastillas antiinflamatorias. “Sentirás lo mismo que cuando estás menstruando”, me dijo. “Estás en cuarentena, por ende, no puedes tener sexo sin protección, ya que puedes salir embarazada nuevamente”.

Me vestí, salí adolorida, y el primo de “fulanito” me pagó un taxi para llegar a casa. Esa mañana dormí profundamente. No supe de “fulanito” ese día. Mi mamá llegó en la tarde, me preguntó si me sentía bien, y yo le contesté muy feliz: “Mami, tenía días que no había dormido tan bien como hoy”.

Mi madre nunca se enteró de lo que me aconteció, nunca quise comentarle. En aquellos tiempos nuestra relación tenía muchos altibajos. A veces soportábamos nuestras diferencias de cómo ver la vida; otras veces era imposible tener acuerdos. Me dio miedo, lo confieso, tener que decirle: “¡Estoy preñada!”. Probablemente lo hubiese tomado mal en un principio, pero luego le hubiese encantado la idea; total, ya tenía 25 años, y me hubiese hecho desistir de la idea de abortar, por todos los riesgos que implica hacerlo, puesto que es clandestino y no se cuenta con la certeza de que el resultado sea permanecer con vida.

Por suerte, no pertenezco a la estadística de mujeres fallecidas por el aborto, ni me sumo a esa lista de madres infelices o frustradas, tristes, decepcionadas o amargadas

en algún momento de sus vidas porque les tocó asumir una responsabilidad inesperada. Agradezco estar viva, sana y salva. Pude decidir sobre mi cuerpo.

Ya tengo 34 años y nunca me arrepiento de aquella decisión. "Fulanito" se casó y está feliz con su pareja. Él me confesó que, cuando supo que ya estaba con el ginecólogo, se sintió aliviado y cayó en un sueño profundo. Ambos, después de lo sucedido, pudimos mantener una amistad sin cuestionarnos sobre lo ocurrido. Fuimos lo que fuimos en esa medida. Sin embargo, no todas las mujeres logran decidir por ellas mismas sin ser cuestionadas o juzgadas, y no todos los hombres apoyan o acompañan, porque hasta "fulanito" pecó cuando desapareció aquel día. Sin embargo, nunca lo juzgué, ni ese día ni los posteriores, porque, sinceramente, él no me importaba; si él estaba o no en mi vida, me daba igual. Yo solo necesitaba volver a la vida que ya tenía proyectada.

LA ABORTISTA: EN EL CUERPO DE UNA ASESINA

Santa

Mi cuerpo tenía cambios extraños, estaba comiendo muchísimo. Una milanesa con ajo todas las noches constituía mi cena diaria. Rondaba el año 2010, yo contaba con 20 años y me encontraba en el 5.º semestre en la universidad. Estudiaba dos carreras y, para mí, eso era lo más importante. No pensaba en la posibilidad de tener un hijo. Para ese momento me encontraba muy enamorada de mi compañero, él había sido mi primer amor, mi primer novio formal, y había "luchado" por él y por nuestro amor, o eso era lo que yo pensaba en la ingenuidad de mi veintena. No acostumbraba a llevar la cuenta de mi periodo. Generalmente, siempre llegaba, pero esta vez no llegó. Impaciente, soñaba todos los días con que me manchaba, pero solo era eso, un sueño. Así pasaron los días, hasta que me realicé una prueba de embarazo casera que me compró el chico en cuestión. Me hice la prueba. Él trataba de calmarme, me decía que yo no estaba embarazada, que eran ideas mías y que ya vería cómo mi periodo llegaría. Yo intuía que no era así, sabía que los cambios en mi cuerpo correspondían a algo, y, en efecto, así fue: la prueba dio positivo, un positivo que invadió de miedo todo mi ser.

“¿Qué vamos a hacer?”, preguntó él. No lo dudé ni un segundo, le dije: “Quiero abortar”. Él, preso del mismo miedo, seguramente, no lo dudó; dijo que sí, que estaba bien: “¿Cómo podríamos hacer?”.

Le dijimos a mi hermana. Yo calculaba que tenía como un mes y medio, y ella contactó a una amiga que era enfermera en un hospital de Caracas, y ella le consiguió las pastillas (Cytotec), pero apenas le dio cuatro. Yo no tenía ni idea de que se necesitaban doce. Nos cobró 120 bolívares, que ahora parece tan poco, pero que en aquel momento era bastante dinero. Él lo pagó; trabajaba y ganaba bien, a pesar de que solo me llevaba un año.

Era diciembre y nosotros íbamos a viajar. Javier es de Trujillo y su familia vive allá, por lo cual decidimos que era mejor practicar el proceso allá, lejos de mi familia, una familia a ultranzas conservadora y religiosa, pues ni a mi madre le tenía confianza, así que no lo dudé. Nos fuimos a Trujillo un 28 de diciembre. En el camino comencé a dudar, el sentimiento de culpa me invadía, pensaba que estaba matando al hijo del amor de mi vida, a nuestro “pequeño milagro”. Qué ironía la vida. Todos mis sentimientos se los comenté a él; le pregunté, entre el llanto y la angustia, que si de verdad era lo mejor. Él, de modo muy escueto y seco, me dijo: “Eso ya lo decidimos, ¿qué más vas a pensar?”. Llegamos a Trujillo, esperamos que pasara el 31 de diciembre, y el 2 de enero ya me estaba tomando las pastillas: dos por vía oral y dos por vía vaginal, como le había indicado la chica a mi hermana.

Después de tomarme las pastillas no pasaba nada. Estuve toda esa semana tomando malta caliente, todo a

escondidas, solo con Javier "apoyándome". No obstante, él estaba más nervioso e inseguro que yo; me ayudaba, pero yo intuía que algo no estaba bien: era su actitud, su manera de no querer hablar del tema, simplemente fingía "acompañarme". No hubo ningún cambio en mí sino hasta el 5 de enero, ese día comencé a sangrar fuertemente y me dolía muchísimo el vientre, sentía retorcijones en todas partes. El 6 de enero fue peor, me bajaba y me bajaba sangre, me dio diarrea. Yo soy bastante fuerte físicamente, aguanto dolor, pero ese era insoportable. Ese día decidimos ir a la ginecóloga. Planeamos él y yo qué decirle a su mamá, la cual preguntaba mucho por mí, lo interpelaba sobre si yo estaba teniendo un aborto y le preguntaba que por qué yo tomaba malta caliente. A pesar de que ella y yo no nos llevábamos muy bien, fue la única que me acompañó en ese proceso, ahora lo comprendo: ella me entendía como mujer. Los andinos son en extremo machistas y religiosos, pero Iris era diferente, ella tenía muchas experiencias en la vida, fue madre a los 17 años de su primer hijo —mi novio—, y de allí en adelante dedicó su vida a partirse el lomo por sus hijos, con un padre ausente y dicharachero, como muchos. Aún recuerdo el abrazo reconfortante que me dio; me dijo: "Tranquila, mamita, todo va a estar bien". Ella nos recomendó una doctora que atendía en Boconó. Mi novio y yo fuimos hasta allá. La doctora me atendió y me preguntó qué me había pasado. Yo "fingí demencia". Entramos los dos al consultorio, pero Javier no decía nada: no respondía, no hablaba, era yo sola enfrentando las preguntas de aquella galena que me miraba como una abortista y que le dijo a él: "Señor, esto es un aborto, a

ella hay que realizarle un legrado". Tenía ya aproximadamente 8 semanas. "Llévela al hospital de emergencia, porque se puede complicar".

Así fue. Javier y yo llegamos al hospital, me hicieron pasar a sala de partos sola, y él se quedó afuera. Desde ese momento comenzó el infierno, el infierno de la abortista, el infierno de la asesina, el infierno de la mala madre. Me atendió una doctora joven que tendría mi edad en este momento, maracucha, la recuerdo perfectamente, su cara, su expresión y lo que me dijo: "Móntate aquí", refiriéndose al potro de ginecología. "Abre bien las piernas", y buscó un espéculo. La escuché decir: "Este es muy grande, ay, pero qué importa", y sin decir palabra me lo metió durísimo por la vagina, lo abrió y lo retorció, aseverando: "Sí, esto es un aborto, hay que hacerte un legrado". "Llévenla a hospitalización, esta niña se queda". Yo, aunque tenía 20 años, parecía una niñita, lo cual les dio motivo para tratarme peor.

Una vez en la sala vi la cara de todas esas mujeres. Era la sala de las abortistas, solo faltaba el cartel guindado en la pared: ocho camas, entre ellas la mía situada en una esquina; las otras camas estaban ocupadas, todas por mujeres que habían tenido un aborto, no sé si inducido, pero todas abortistas. Las miré; ellas me miraron con cierta lástima: todas allí éramos abortistas, pero no había ni una pizca de comprensión o empatía, todas creíamos que habíamos hecho algo malo, y los demás también, por lo que "merecíamos" ese castigo. Las caras de todas mostraban mucha dureza y tristeza, la dureza de quien está sufriendo y hace de tripas corazón para aguantar. Esa sala era desoladora. Varias de las mujeres ya tenían

hijos. Hablé con algunas. Recuerdo a una de ellas que tenía como 35 y había intentado salir embarazada, pero siempre los perdía, y ese era su tercer intento. Ella decía: "Debo darle un hijo, él quiere uno". Otra, era una mujer que, según dijo, se había caído y lo perdió; tuvo un aborto de 6 meses. Pero a la que más recuerdo es a Mariangel, una chica de 16 años que estaba allí por un aborto inducido. Ella lo dijo todo, fue más valiente que yo, y recibió el peor trato de todas.

Así transcurrieron los días en ese horrible lugar. No dejaban quedarse a ningún familiar, las visitas estaban restringidas a dos horas diarias, el baño no servía y tenía un tobito con agua para que nos bañáramos. Toda esa semana fue de exámenes y exámenes: VIH, hepatitis, perfil 20 y cualquier cantidad de cosas más. Las enfermeras nos trataban muy mal y los médicos aun peor.

En una de las visitas que me hizo mi novio, fue con su hermana y una amiga de su hermana a llevarme comida. En eso, justamente, entran dos enfermeras. Una de ellas se estaba incorporando a la guardia y le pregunta a la otra por mi historia: "¿Ella qué es?". "Un aborto", contestó la otra. Apenas dijo eso, las dos chicas que me visitaban se miraron, y mi novio bajó la cara, apenado, y salió de la habitación. Yo saqué fuerzas de donde no las tenía y aguanté, aguanté las miradas, los gestos, las caras de lástima, de asombro, de odio y de reproche; total, eso había hecho desde un principio, yo sola enfrentándome a todo aquello.

Esa semana me hicieron el curetaje. Todo salió bien, y ya el 10 de enero estaba de alta. Pero allí no termina la historia, lo peor aún estaba por venir. Mi novio "amado"

me buscó al hospital. Todo estaba muy bien. El 14 de enero cumplíamos 3 años de novios y él me hizo una comida muy a su estilo, con parrilla incluida, y me propuso matrimonio. Yo, enamorada, acepté. El 15 de enero me regresaba a Caracas. Él me acompañó, pero se regresó a Trujillo. El 18 de enero lo llamé y discutimos por teléfono. Yo me sentía muy mal por todo lo que había pasado, sentía demasiada culpa, una culpa que se aferraba a todo mi ser. Él no lo entendió y me terminó, no sin antes decirme que había matado a su hijo, y así se "liberaba" de responsabilidades. Se lavó las manos. Fueron los peores meses de mi vida: entré en depresión, lloraba todos los días, abandoné la universidad, no podía ver a un bebé porque imaginaba cómo habría sido el mío. Lloré, lloré, me quebré y sin poder decirle a nadie, no podía hablarlo con nadie, estaba sola sin el apoyo de ninguna persona.

Hoy tengo 27 años, este diciembre se cumplen 8 años de aquella parte de mi historia que por primera vez escribo, una historia que me hace ser lo que soy, una historia que renace en cada maternidad obligada y en cada aborto denegado, una historia que es la mía y que se repite en miles de cuerpos: negros, morenos, blancos, mestizos, en fin; cuerpos de mujeres, cuerpos que tienen historias, cuerpos que son identidad, cuerpos que no merecen que se les obligue a parir, cuerpos que merecen un trato digno y justo. Por eso hoy soy feminista y apoyo el aborto.

HOJA SECA

Virginia

> "Me marchité, me volví efímera, delgada como una hoja seca, me vi caer".

Era 2002. Fue el año en que conocí a quien iba a volverse mi primera pareja. Tuve una relación certera, amorosa, intensa, fría, calurosa y dolorosa. Estaba joven y, para mí, sentir el acercamiento de los cuerpos era muy reciente, así que me lancé al océano de las experiencias sin saber las consecuencias. Fue así como, en el 2003, luego de un año de relación, me embaracé. ¿Descuido mío? ¿Culpables de lo que estaba sucediendo?

En esos meses tuve un atraso menstrual, me sentía agotaba, y un día, almorzando, vomité. Pensé que un atraso era común, porque sufría de atrasos menstruales desde que me desarrollé como mujer, pero era nuevo para mí lo de sentirme agotada y soñolienta, así que se lo comuniqué a él. Me dijo que fuera a hacerme un examen de embarazo. Cuando escuché esa palabra, mi piel se erizó de miedo; tuve sentimientos encontrados, desbordados, calcinantes; no me pasaba por la mente un bebé en mis brazos; yo había ido a ese estado del país a estudiar una carrera, y no a hacerme madre, fue lo primero que pensé. A ese comentario de mi pareja no le hice caso; pensaba que tenía infección urinaria, un cálculo en los riñones,

cualquier cosa. Así que, antes de ir a un laboratorio, fui a ver a un familiar que es médico.

Ese día me examinó, me hizo varias preguntas y me hizo un eco. Sentí la crema en mi útero y no en lo riñones, como yo pensaba que iba a ser. Miró la pantalla y me dijo: "Mi amor, estás embarazada". Yo la miré y me puse nerviosa; contuve mi llanto. Mi familiar me preguntó qué pensaba hacer. Le dije que no sabía. Luego me dijo que lo que pensara hacer lo debía hacer rápido, porque ya el embrión estaba grande; también me dijo que no me podía ayudar. Le pregunté: "¿Cuánto tiempo tiene?". Me contestó: "Tres semanas, y es grande"; esa última palabra hizo que mi corazón se retorciera, pasó por mi imaginación la forma, el color, cómo podría ser, una semilla de mamón, un trocito que crecía dentro de mí.

Fui a ver a mi pareja. Pensaba cómo se lo iba a decir. Él era mayor que yo. Me esperaba ese día en nuestra casa, y mi cara lo decía todo. Él ya lo intuía. Se lo dije, y su cara era en un momento neutra, asustada, alegre, triste. Yo le dije que igualmente me iba a hacer el examen de sangre. Así que me lo hice, pero lo cierto es lo que estaba a la vista: estaba, y la respuesta era la esperada. En esa semana yo no razonaba bien, tenía muchos sentimientos encontrados; me lo imaginaba crecer feliz a mi lado; me imaginaba en mis últimos tiempos de gestación, la ropita de bebé, y a la vez pensaba: "¿Cómo se lo digo a mis padres?". ¿Qué dirían de mí? ¿Los decepcionaría? ¿Se alegrarían?

Esa noche lo volví a ver y, durmiendo juntos, lloré. Él me abrazo. Le dije que tenía miedo y que no sabía si

quería tenerlo. Él me respondió que lo tuviéramos, mientras me abrazaba. Yo lloré mucho; era un río. Lloré hasta la madrugada. Así pasé como dos días más. Él trabajaba por las noches en un restaurante y yo estudiaba. El tercer día, él se fue para la casa de su padre y se quedó esa noche allá, y no en la nuestra. Al cuarto día llegó a la casa y conversamos nuevamente, pero esta vez él tenía otra opinión: me dijo que no lo quería, y esa última palabra me rompió. Nuevamente lloré, porque sabía que no estaba preparada para ser madre soltera, para eso sí que no estaba preparada; que si me dejaba sola no podría, ni quería; yo no me imaginaba: una estudiante universitaria que tendría que suspender sus estudios para trabajar y cuidar de un bebé.

Él se perdió dos días más de donde nosotros vivíamos, y el quinto día llegó con un frasco de pastillas. Me dijo qué eran y que decidiera. El frasco se quedó en la mesa del comedor. Luego las agarré en mi mano, las cambié de sitio, a mi cuarto, y él dejó que pasara un día más. Nuevamente se fue, y yo lo pensaba mucho. Estaba asustada; solo con tocar las pastillas temblaba.

Una noche a oscuras

Él llego en la tarde; ya estaba por oscurecer. Subimos al cuarto y me preguntó qué decisión tenía, y yo todavía no la tenía. Al final, mi mente me decía: “¡Pero es vida!”, y, a la par, venía la otra: “¿Cómo lo vas a sostener?”. Él me miró, agarró el frasco, sacó dos pastillas, bajó por las escaleras, buscó agua, y yo estaba sentada en la cama, hierática, postrada; veía cómo mi pies se congelaban, veía

venir mi tristeza, me iba marchitando, apagando, porque él tomaba la iniciativa. Subió y agarró dos pastillas, las puso en mi mano y me dijo: “Por favor”. Ese “por favor” oscuro, silencioso, señalado por sus ojos, me hizo tomar la decisión, y me las tomé. Segundos después, me dijo: “Ahora debes introducirte tres pastillas vía vaginal”. Yo lloraba, porque sabía que iba a morir algo en mí (un sentimiento, un sueño, una decisión, una idea, una creencia, algo). Fui al baño y las introduje. Él esperaba en el cuarto. Cuando regresé, lo vi mirando por la ventana; estaba triste. Supe que a él también le costaba, pero no lo quería. Me dijo: “Ven, acuéstate en la cama, debes reposar”. Me acosté, pero no podía dormir. Le pregunté que en cuánto tiempo comenzaría el efecto. Él me dijo: “No lo sé; horas, días”. Así que me acosté.

Llegó la noche oscura. Comencé a tener fiebre y unos intensos dolores en el vientre que me hacían retorcerme. Él, sentado a mi lado, me miraba. Yo lo miraba, pero no estaba allí, estaba en el dolor profundo, porque salía de mi vientre y de mi corazón. Pasé así alrededor de tres horas, retorciéndome, cuando sentí en mi vientre algo agitándose, unos pálpitos muy fuertes, algo que latía rápido, muy rápido, y, minutos después, no lo sentí más. Sabía que ese era mi recuerdo de despedida, que todavía no olvido. Yo estaba en otro mundo. A las horas fui al baño y comencé a sangrar, era mucha sangre. Horas después expulsé aquello que pudo ser. Yo solo era sangre. Lloraba; era pura lágrimas. Me metí a la ducha. Veía caer la sangre y cómo se iba por la alcantarilla de la

ducha. Estuve tiempo entre el agua que me limpiaba y la sangre que caía.

Me volví a acostar, me puse una toalla sanitaria, me abrigué. Esa noche me vino a visitar mi hermana, quien me consolaba, y debo confesarles algo: lo culpaba a él porque me dolía, porque no lo quiso. Años después me perdoné, porque, en el fondo de mí, yo sabía que ambos no podíamos mantener a ese ser. De esa noche solo recuerdo que algo vino, se fue y, diez años después, me dejó este sentimiento.

Fui hoja seca

"Una mujer se puede marchitar una vez, pero dos veces terminaron por hacerme entender quién era yo".

Dejé de sangrar. Él cuidó de mí para que me repusiera. Me daba comida, jugos para que me subiera la hemoglobina, pero nunca pudo darme algo para lo que sentía. Esa situación hizo que ya no lo viera como antes. Al final seguí con él, pero no era igual. Pasaron los meses y volvimos a cometer nuestro error (porque yo nunca voy a saber qué piensa él de esta segunda situación): me volví a embarazar, no me cuidé, no nos cuidamos. Y esa situación me cuesta hasta escribirla, porque fue tan fugaz como olvidada.

Por alguna razón, la gente tiende a juzgar un aborto, pero varios por la misma mujer es algo completamente desterrado de la moral, de la ética y de cualquier estructura social. Podrían decirme hereje, mala madre, loca, criminal, irresponsable; eso queda a cuestión de ustedes y de sus juicios y prejuicios; pero sí, volví a abortar. Esta

vez no tenía sino una semana de embarazo, porque ya estaba prevenida de que, si no me cuidaba, podría estarlo; y fue así. Pero si ya me sentía una hoja que estaba marchita, seca, esta vez me caí del árbol para ser efímera, esperando que el aire me volviera polvo y, con ello, se llevara todo.

En esos tiempos yo no lo había perdonado, ni me había perdonado, ni me había deslastrado de la moral que me hacía sentir así, culpable. Busqué alguna razón para hacerme la víctima, y, cuando supe que estaba embarazada, le dije que no quería estarlo, que no quería estar más con él, que solo me buscara las pastillas, que me dejara sola, que lo demás ya lo sabía hacer y que no lo necesitaba. Lo extraño fue que, esta vez, él me dijo que, si estábamos embarazados por segunda vez, que lo tuviéramos, que no quería pasar por lo anterior. Y ahora les puedo preguntar: ¿cómo evitar que una hoja que se marchita no siga su proceso? Al final me pregunté: si la primera vez me dejó allí, ejecutó y pidió "por favor", ¿por qué ahora tenía que creerle? Podía dejarme con un bebé en meses o en años; yo sin tener casa, dinero ni trabajo, una simple estudiante que dependía de la comida del comedor de la universidad. Así que ya estaba mi metamorfosis, y con ella mi decisión.

Yo le dije que no quería. No le di las razones, pero, muy dentro de mí, sé que él siente ese resentimiento, así que él aceptó. Esta vez fue rápido, poco doloroso, porque no tenía tanto tiempo de embarazo, si acaso podría haber tenido un tamaño de una lenteja o un frijol. Ese día hice lo que ya sabía, sin pensarlo mucho. Decidida,

esperé unas horas. No tuve dolores, solo cuando fui al baño me vino el sangrado. Fui fría. Caía de las alturas para quedar en el suelo. Ya al final estaba devastada por lo sucedido. El sangrado fue rápido, corto y poco duradero. Me despedí de esos embarazos, me despedí de lo que pudo ser, y por las razones justas: porque no era el momento, porque las condiciones no estaban dadas; me despedía de esa relación y, con eso, de mi dolor.

Tuve años sanando. Había noches que soñaba con bebés y me despertaba llorando por lo que pudo ser y por la decisión que había tomado; que si estuvo bien o estuvo mal. Me cuestioné, me estructuré, me abracé, dejé que todos aquellos sentimientos, razonamientos, prejuicios y juicios me dieran otros enfoques de la vida. Duré años ocultando lo que había sucedido, y, al final del camino, aquí sentada entre recuerdos plasmados en estas páginas, les digo que me hice una mujer fuerte, con una visión amplia de cuándo decidimos estar embarazadas y cuándo no. Ya no soy la hoja, soy el árbol.

ESE DOLOR LO SENTÍ MÍO

Celene

Yo he sido muchas cosas en vida, y una de ellas es ser compañía en alegrías, tristezas y retos. En momentos me siento en un río viendo el agua pasar; de vez en cuando me sumerjo en él para tomar o rescatar una piedra, tronco, flores u hojas; me mojo hasta los pies, talones, rodillas, caderas y todo el cuerpo de aguas cristalinas, turbias y rojas. Un día, sentada en la piedra, como de costumbre, apareció de repente en la corriente una flor, una orquídea incrustada en una madera, llorando y sangrando. Corrí para recogerla en mis manos; sentía que se iba a desvanecer frente a mí, sus pétalos se caían a trozos, era una carnicería de sensaciones. Miré mis manos sangrando y abracé a la orquídea con mucha delicadeza. Mi corazón se aceleraba más; sus olores se impregnaban en mí, dulces y amargos a la vez. Por varios minutos no sabía qué hacer, hasta que ella empezó a gritar de dolor, y ese dolor lo sentí mío. Mi piel se erizó del frío y salí corriendo con ella en brazos.

Corrí y corrí sin decir nada, solo sintiéndola. Sus llantos se convirtieron. La llevé a un lugar donde la atenderían. Todas, al verme en esa situación, me miraron con

cara de que éramos las culpables, y a mí no me importó nada. Me sacaron. Esperé y esperé; pregunté y pregunté. No tenía respuestas, hasta que salió una de ellas y me dijo mil cosas. Yo solo quería saber si la hermosa orquídea estaba bien. Me sentía en un juego, le saqué las palabras con cucharita.

Respiré de alivio al oír: "Va a estar bien". Y volvió a mirarme con cara de culpable y dijo: "Tuvo un aborto hemorrágico. Al parecer la golpearon y tuvo la pérdida. Estuvo a punto de ser más grave". A mí no me interesó lo otro, solo que estaba bien. Sonreí y fui a buscarle cositas que necesitaba y que sabía que le gustaría probar. Esperé más tiempo. En mi mente solo había unas palabras: "¡Qué bueno que se salvó!". Y me preguntaba: "¿Será que la golpearon?", y "¿Quién fue?". Estuve más silenciosa que nunca, con emociones encontradas como un torbellino. Al rato me fui, porque la dejarían hasta el día siguiente. Fue el camino más extraño a mi piedra de costumbre. Al estar mirando al río de mis ojos, salieron las lágrimas frías que llegaron al río. Quedándome dormida, sentí un olor de flores. Al abrir los ojos, era ella: "Orquídea". Me habló con voz suave: "Yo lo amo. No sabíamos que estaba embarazada, él no es malo". Después no sabía qué decir. "Me dio miedo", me dijo ella. Me colocó flores en mis cabellos y se fue.

Me entró una gran tristeza y seguí observando el río. Me paré de mi piedra; mis pies dieron unas cuantas vueltas llegando al agua, como una perra para echarse, y me acosté poco a poco, hasta que mi cuerpo estuvo dentro de ella. El fresco se incrustó en las venas, haciéndome

sentir libre en ese instante, y mis pestañas se acostaron. Los peces susurraban a mi lado: "Ayúdame, no quiero ser madre. ¿Sabes cuáles son los pasos para la interrupción? ¿Tienes el contacto de alguien que me ayude para hacerlo? Ayúdame, por favor. ¿Me quieres acompañar?". Dentro de mi pecho retumba desde ese día.

DECIDÍ

Tina

Yo pude elegir sacrificar mis sueños, dejar que mi pareja o mi familia decidieran por mí o que el mismo Estado lo hiciera, al no permitirme comprar anticonceptivos. Incluso, pude resignarme a estar atada a una responsabilidad que no quería, pero me parecía imposible dejar que me cayera el chaparrón de agua encima, serían demasiadas responsabilidades, y yo quería y quiero otras cosas. Es implacable el momento en que sabes que puedes decidir algo que desde siempre te satanizaron: "Quien aborta está asesinando", "¿Y por qué no se cuidó, pues?". Entonces maldices el sistema farmacéutico, porque crea, en su mayoría, anticonceptivos para mujeres, porque al final la gente dice: "Bueno, pero es que quien queda *preñá* es la mujer", como si fuera un saco reproductor. Piensas mil cosas, y es que es terrible cuando a una la crían con tanto prejuicio y con ese "debes ser...".

Entonces, ¿ser para los demás o ser para ti? ¿Tu libertad o tu atadura? Mi familia, hasta el día de hoy, no tiene ni idea de lo que sucedió; tampoco considero que deba saberlo. Mi pareja estuvo siempre cuidándome. La angustia fue lo constante, la búsqueda de la llave que

te libraría del malestar, de la posibilidad de preocuparte por alguien más sin quererlo. Los pensamientos eternos a medianoche. Recuerdo que estaba estabilizándome en Caracas, no tenía trabajo aún y debíamos decidir entre comprar comida para aguantar tres días hasta la tan esperada quincena o usar ese dinero para salir de la angustia. No dudamos en usar el dinero y tener consecuencias de corto plazo (tres días), pero nos estafaron: supuestamente el carajo conseguía las pastillas "rapidito", y terminó vendiéndome supongo yo que ibuprofeno (yo creo que la rabia me la calmó, pero la melancolía... eso sí que no). Volvió la angustia nuevamente, ahora sin comida. Resolvimos como siempre se resuelve. En este caso no sería distinto, debía resolver. Gracias a una organización mundial sin fines de lucro, conseguí mi salvación a un precio bastante accesible ("por lo menos me ahorré unos 'churupos'", pensé). Lo hice... Es el dolor más fuerte que he sentido. Pensé en cómo muchas como yo lo habían decidido, y en peores condiciones; sin embargo, el dolor pasó, el sangrado pasó. Decidí. No me arrepiento. Es algo que te hace renacer. Sentí que reviví. Mi libertad volvió, y ahora con más ganas de luchar.

CONTENIDO

Gancho, canela y sangre
Edición digital
Sistema Editorial Regional de Caracas
marzo de 2018

GANCHO, CANELA Y SANGRE

Los testimonios reunidos en este libro reflejan una problemática que es necesaria discutirla con mayor profundidad: una ley que despenalice el aborto en nuestro país. Las autoras relatan su dolorosa experiencia al recurrir a métodos quirurgicos clandestinos, llegando a situar su vivencia al borde de su propia vida (sería importante revisar la cifra de mujeres fallecidas por esta causa), en otros casos las autoras reflejan la estigmatización y la humillación al ser auxiliadas por instituciones del propio Estado - representadas en trabajadores de centros asistenciales- cuando asumen el maltrato y el señalamiento como forma de "ayuda" y "solidaridad". *Gancho, canela y sangre*... representa la voz de las mujeres al más legítimo derecho de cada una a decidir sobre sus cuerpos. Estos testimonios son también herramientas de denuncia y de exigencia para la despenalización y legalización de la interrupción del embarazo en Venezuela.

Las Comadres Púrpuras

Colectivo feminista, hermanas y compañeras comadres despatriarcales, decoloniales, insurgentes, irreverentes, populares e intelectuales, que buscan la transformación de una sociedad que privilegia lo masculino y oprime e invisibiliza a las mujeres.

Su planteamiento se enmarca en la emancipación de las oprimidas y las sobrevivientes de la violencia machista, rechazan cualquier acto de opresión y violencia hacia nosotras las mujeres, desenmascarando el estatus quo que el patriarcado ha mantenido en nuestra sociedad.

Gobierno **Bolivariano** de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la **Cultura**